

SOLITARIOS - SOLIDARIOS³

Querría decir aquí algo acerca de ese “ambiente divino” en el que monjes y monjas han sido llamados a vivir su vocación de aventureros de Dios: el Monasterio. No obstante, antes de comenzar, experimento un cierto malestar, no sólo porque no soy monje y me avergüenza hablar de lo que no conozco vitalmente, sino también porque admito de buen grado el pluralismo tanto en el monaquismo como en la Iglesia en general y por lo tanto una interpretación más o menos diferente de lo que se llama “separación del mundo” o bien “apertura al mundo”. En efecto, he aquí la cuestión, que quizá se ha dramatizado en demasía, que se ha tornado objeto de acerba polémica entre tradicionalistas y monjes o monjas “evolucionados”... aunque en definitiva el problema me parece relativamente simple, cuando uno sabe lo que debe ser en la Iglesia de Jesús y en el mundo de hoy, cuando francamente y concienzudamente procura lograr su identidad.

Siempre he tenido gran devoción a las “palabras” pero particularmente desde que nuestro profesor de lógica me pidió un trabajo sobre la *suppositio terminorum* y sobre el descubrimiento y el respeto a “lo que hay” en el vocabulario que empleamos. Por eso no puedo soportar la iconoclasia de las palabras, ni tampoco la confusión, lo que viene a ser lo mismo. Pero como no todos tienen esa misma devoción -por el contrario, se juguetea con las palabras tan fácilmente como con naranjas- se vislumbra el resultado: la total confusión: ¿qué es el “mundo”? ¿qué es el “monje”? etc. ... Y se asiste a un tiro al blanco apasionado apoyado por la semántica o por la historia o bien por la mística o por la propia opinión. Habitualmente, el origen de las palabras es simple, popular, obvio. Y cuando se piensa que, por ejemplo, los monjes fueron en su mayoría gente humilde, campesinos, ex-presidarios, ex-ladrones, si se les aplicó el término “monje”, si han querido llamarse “monjes” fue porque la palabra expresaba su situación, su estado de vida: habían optado por la “soledad”, por el “desierto”. Y supongo que si algunos cristianos (no solamente ellos) se atreven hoy a llamarse monjes y soportan ser así llamados, es ciertamente porque un buen día hicieron la valija y partieron en busca de Dios, rompiendo con un cierto estilo de vida para desposarse con otro igualmente legítimo. En cierta manera han roto con el eón de este mundo para estar en el eón de Dios. En principio, esto puede parecer extremadamente simple, no solamente en el momento de la partida, del éxodo, sino durante toda la aventura. En realidad, muy pronto se planteará al monje o a la monja cristianos (digo bien, cristianos) un problema muy serio. Hoy, sin duda más que ayer y que anteayer, el hombre se sabe, se siente solidario de la humanidad (esté en el corazón de la pampa o en la cumbre del Himalaya) y de la creación; es asaltado por el ambiente del mundo, vibra con los ritmos económicos, sociales, políticos y sobre todo ideológicos. A menos de ser un retardado o un poste, no puede dejar de interrogarse sobre la forma que deben tomar sus relaciones con ese mundo que es siempre el suyo, ese mundo que no es de ningún modo el dominio de Satanás, sino que como bien sabe, es el *lugar de Dios* y de su economía de amor.

He aquí por qué, cuando se habla de la apertura del monaquismo al mundo puede haber, evidentemente, un sentido muy simple de la expresión, quiero decir, la necesaria adaptación a este mundo nuestro, a esta nuestra Iglesia posconciliar, de ciertos usos, de ciertas maneras de ser y de hacer, procedentes de siglos pasados. No veo absolutamente por qué es preciso fijar las formas para el vestido, el alimento, la higiene, la cultura y la liturgia según una época determinada. El monje, como todo hombre en Cristo, es un viviente y un viviente liberado. ¿Cómo podría soñar con un nostálgico pasado minuciosamente conservado? A este respecto, san Benito me parece soberanamente libre, no sólo en lo referente a la cuestión de la vestimenta,

³ Tradujo: Hna. Maria Irene Chibitat, o.s.b. Abadía de Sta. Escolástica, Argentina

sino en cuanto a la misma oración litúrgica⁴ Hago notar sin embargo dos cosas importantes: 1º) que el monje debe tener un cierto respeto por aquellos a quienes considera como sus “padres”, que pensaron que algunos elementos, a veces completamente modestos (por ejemplo la “estación” ya sea en la puerta del oratorio o en el oratorio mismo, antes de la celebración de la liturgia), podían ser, si no la garantía de un arte de vivir, por lo menos una ayuda extremadamente preciosa; 2º) que en la vida monástica es necesaria una cierta estabilidad para el ambiente de paz, de fiesta y, por qué no decir la palabra, de *hesychia*, que debe ser el de un monasterio; sin lo cual sería indispensable mantener periódicos de modas monásticas, como existen en el “mundo”.

La apertura al “mundo” no se limita sin embargo a esta simple cuestión de *aggiornamento* que, sin ser secundaria, no deja de ser segunda. Se trata evidentemente de la participación, de la integración: del monje en la historia de la salvación, en el drama de la Redención de este mundo, de esa gente perseguida por el Amor obstinado de Dios. No es ésta por cierto una revelación de nuestro tiempo. Antonio, Macario el grande, Simeón el nuevo teólogo, Romualdo, Bernardo, Teresa, Teresa de Lisieux, Silvano del Monte Athos claman hacia el Señor en nombre de todos sus hermanos del mundo.

¿Cómo el monje de hoy, en cierto modo más que el de ayer, no habrá de sentirse partícipe de la historia del mundo, que en definitiva es su historia, y enviado a los hombres, a esos hombres que ha dejado sólo para pertenecerles más profundamente? Y eso por su mismo bautismo que lo torna perteneciente a Cristo, que es esencialmente Salvador, por su confirmación y su consagración monástica, que es un llamado muy fuerte para “estar con Cristo”⁵ precisamente para entrar en su Obra, para vivir su Hora, siendo para El, como dice Isabel de la Trinidad, una humanidad suplementaria en la cual va a renovar todo su misterio. Sí, monjes y monjas cristianos están implicados en la temible misión de la Iglesia entera, “sacramento para el mundo”. Nadie puede eludirlo sin renegar de su nombre; nadie puede hacerse el sordo cuando resuena en la noche el llamado del famoso macedonio: -“Pablo, Pablo, ven a socorrernos”⁶- nadie puede entrar en el gozo de Dios sin sus hermanos.

¿Qué hacer pues por ese mundo tan grandioso y tan trágico a la vez, por esa gente llamada a la fiesta, mucha de la cual tiene hambre no sólo de pan, sino, conscientemente o no, de la Palabra de Salvación?

Por supuesto, el monje y la monja de hoy experimentan como nunca el deseo de “saber”, de “conocer”, ya que eso es posible gracias a los *mass media* que permiten estar presente al minuto en los acontecimientos y junto a las personas. Y si es verdad que, sea por vocación personal, sea después de años de vida monástica y de maduración, algunos se sumergen en un profundo silencio que no es ciertamente ausencia, muy al contrario, (“es monje, dice Evagrio, aquel que separado de todos está unido a todos”) la información me parece no solamente útil sino necesaria. No ciertamente cualquiera, sino la que permite aprehender el drama humano y espiritual que se desarrolla en ese momento y estimular al monje a entrar más profundamente en las exigencias de su vocación de monje. Y pienso que para mantenerse así al corriente no es necesario abandonar constantemente su celda, ni dejar invadir el monasterio por la radio, la TV, conferencias de toda clase, libros, revistas, periódicos... Creo, por cierto, que corresponde al primer responsable esa “prudencia” y esa inteligente atención que lo impulsen a comunicar a sus hermanos o a sus hermanas lo que considera deben conocer para un compromiso “realista” en la vida de la Iglesia y del mundo... Por otra parte, si es verdad que, sobre todo en algunos Monasterios, se ha tratado muy a menudo a las monjas como a menores”, esta es la hora, gracias a Dios, del respeto a la persona y supongo que corresponde a cada cual informarse según su entera conciencia “profesional”.

⁴ *Regla de San Benito*, cf. cap. 55 y cap. 18.

⁵ *Mc* 3,13.

⁶ *Hch* 16,9.

Pero entonces, ¿cuál debe ser la actitud del monje, de la monja, frente a un mundo en plena efervescencia, en medio de una Iglesia en profunda mutación, en presencia de tantas necesidades espirituales y otras del hombre de hoy?

Evidentemente, en esto como en todo, Jesucristo es el único y constante modelo. Ahora bien, cuando andaba por nuestros caminos, le oímos proclamar la Buena Noticia del Reino, lanzar infatigablemente la invitación a la Fiesta; lo hemos visto sentado a la mesa de los pecadores, como un signo de contradicción que intriga, que inquieta: “¿Quién eres Tú?”. “¿De dónde eres Tú?”⁷. No se ha dado el caso de que alguien haya pasado con indiferencia junto a Él... Pero sobre todo, sí, sobre todo, no podemos olvidar que Él ha sido Santo “por nosotros” “en lugar nuestro” ante el rostro del Padre, con esa santidad de obediencia y de abyección que conocemos; Él oró por nosotros con clamor y lágrimas y un buen día el Pastorcico “se ha encumbrado sobre un árbol do abrió sus brazos bellos y muerto se ha quedado, asido de ellos, el pecho del amor muy lastimado”⁸.

Evidentemente, la Iglesia entera, Cuerpo de Cristo, es quien continúa el misterio salvador, la Proclamación del Verbo, el Testimonio y la Cruz gloriosa, habiendo sido concedido a cada uno un ministerio para la edificación del Cuerpo de Cristo. Sería un error colosal, pero más frecuente de lo que se cree, querer serlo todo y hacerlo todo a la vez, aun cuando comprendo la intensidad de los deseos que puede albergar el corazón de un amigo de Dios...

“No es verdad que un hombre, y un cristiano, pueda y deba realizar en una sola vida, todas las posibilidades, todas las tareas y todas las gracias de la vida cristiana. Cuando se piensa que la vida cristiana debe ser realizada en su totalidad por cada individuo (que todo el mundo debería ser a la vez un contemplativo y un activo, etc. ...) el resultado no es otro que la mediocridad. La Iglesia es un organismo en el que todos los miembros no pueden asumir la misma función, aun cuando cada miembro debe estar al servicio del conjunto y de todos los miembros”⁹.

¿Cuál es pues la función del monje, de la monja? ¿Es preciso abrir ampliamente las puertas de los monasterios y dejar ir por el mundo a aquellos y aquellas que los habitan, o bien acoger toda clase de personas para organizar conferencias teológicas, círculos bíblicos, escuelas de oración, mesas redondas, sobre los temas candentes de actualidad? El monje, suponiendo evidentemente que sea un monje y no sólo un buen hombre vestido de monje, se siente mucho más invitado al silencio que a la palabra, al ser que al parecer, no porque no sepa hablar, no porque sea tartamudo, sino porque no se cree enviado específicamente para eso: para predicar la Buena Noticia del Reino. En tal caso, hubiera acudido donde los Frailes Predicadores u otros religiosos para responder a ese llamado del Señor. En cuanto a él, se siente fascinado por el rostro de su Dios a quien busca en el silencio y en la soledad. “No se trata, escribía Tomás Merton, de que la Iglesia pida a los contemplativos comprometerse en trabajos para los cuales no están cualificados, trabajos que otros pueden realizar mucho mejor que ellos. No es el caso de exigir que las Carmelitas contemplativas enseñen aritmética a los niños de 10 años... no es necesario tampoco que los Cistercienses se establezcan en parroquias para dedicarse a la predicación”¹⁰.

¿Quiere decir que el monje, la monja, están destinados al mutismo, que nunca, nunca jamás podrán ni deberán hablar de ese Dios de quien viven? La respuesta es demasiado clara; pero no es ese su carisma, su misión en la Iglesia, aun cuando lo hagan muy bien.

⁷ Cf. in 7 passim.

⁸ S. JUAN DE LA CRUZ - *Poesías* - VII, ed. P. Silverio, p. 808.

⁹ Carta del P. Karl RAHNER a las Carmelitas de Beek (Holanda), 19 Marzo 1968.

¹⁰ Sé muy bien que a lo largo de su larga y difícil historia, la orden monástica se vio obligada a veces a asumir ministerios que no tienen nada que ver con la vida monástica (colegios, parroquias, etc...) y que, una vez afianzada esa costumbre, es muy difícil volver atrás.

Pienso, en primer lugar, en esas circunstancias normales que pueden ser la correspondencia, los intercambios fraternos, la proclamación de la Palabra en la Liturgia, los escritos. Otras tantas ocasiones que se ofrecen para decir algo de Aquel que es toda la Vida, como un enamorado habla de aquella de quien está prendado. Somos tan a menudo (quizá por pudor o respeto humano) neutros e insulsos. Pero pienso también en una estadía en la clínica, en un viaje de familia, en las diversas sesiones enriquecedoras para la vida monástica y para los monjes, los ministerios que les pueden ser confiados junto a sus hermanos o a sus hermanas monjas. Lejos de encerrarse en una tonta actitud de retraimiento, me parece maravilloso que uno haga oír algo de lo que escucha en el Desierto. Se espera tanto de un monje, más que de cualquier otro cristiano, ya que vive habitualmente con “sólo Dios”. Por eso, en estas circunstancias, que no se haga el silencioso, ni tampoco el chiquilín, como ocurre a veces.

Pero más que todo eso, espero ese Evangelio que puede ser la acogida en el mismo Monasterio. Digo a menudo que en los monasterios femeninos las hermanas de la recepción tendrían que ser más monjas que las otras, y los porteros de los monasterios de hombres, no buena gente de vacaciones o jubilada, no padres o hermanos que “tienen necesidad de contacto” sino tales como los desea san Benito¹¹. Así los visitantes, cualesquiera sean, podrán tener la oportunidad de escuchar eventualmente una palabra de salvación. Pero están todos los demás, aquellos y aquellas que, conscientemente o no, andan en busca de Dios y miran hacia los monasterios como apacibles “Lugares de Dios”. De ahí la importancia de la hospedería abierta no solamente a nuestras familias o, entre las monjas, a personas de edad, sino a esos buscadores de Dios, mucho más numerosos en este mundo de lo que se podría pensar. Lo que se espera entonces del monje o de la monja, designado por el primer responsable en nombre de toda la familia monástica para tal “ministerio”, no es un lenguaje de dialéctico, de moralista, de técnico de la exégesis, de la historia o de la espiritualidad, ni con mayor razón el de un hombre de mundo, como por lo demás, tampoco un lenguaje piadoso, sino el de un sabio, de alguien que vive habitualmente con Dios, de un “vidente” que nos arrastre a mirar con él la Faz del Dios vivo o, a esa luz, las dificultades de que uno le habla. El monje, decía el P. Colosio, o.p., en el curso de una convención monástica realizada en Camaldoli sobre ese tema, es un hombre completamente preparado, según parece, para satisfacer la exigencia contemplativa de tantos contemporáneos nuestros, ya que ha hecho del *quaerere Deum* la divisa exclusiva de su existencia. Está esencialmente orientado hacia el magnífico programa *tradere aliis contemplanda* que es muy diferente del *contemplata aliis tradere*, divisa de los Predicadores. En el primer caso se trata de hacer partícipes a los demás no sólo de los resultados objetivos de nuestra contemplación, sino de la contemplación misma. Es una transfusión vital al alma del otro del fuego incandescente que arde en el interior de nuestros corazones.

Pero oigo a algunos y a algunas refunfuñar al leer estas líneas: “¡realmente, estos dominicos son unos idealistas!”. Quizá un poco, confesémoslo; pero si los monjes y las monjas supieran hasta qué punto hoy más que nunca, son por estado, por “profesión”, de esas raras personas que, hablando, pueden y deben decir algo del cielo...

Sin embargo me apresuro a insistir: este “ministerio” de la Buena Noticia, incluso accidental, no puede ser considerado como la forma esencial de la apertura al mundo del monaquismo cristiano. Creo mucho más en esa predicación sin palabras que es el testimonio de la vida y la coparticipación de los valores auténticamente monásticos. “Lo que la Iglesia necesita, decía Tomás Merton, son contemplativos que compartan con los demás sus privilegios de silencio, de adoración y de meditación, su capacidad de escuchar más atentamente y de penetrar más hondamente la Palabra de Dios, su inteligencia del sacrificio, su percepción de las cosas sobrenaturales”¹².

¹¹ *Regla de San Benito*, cap. 66.

¹² Notas inéditas.

En efecto, se nos mira mucho más de lo que se nos escucha. Por supuesto, no buscamos ser mirados (uno no ha entrado en la vida monástica para salir luego en la TV o dar brillantes conferencias en los anfiteatros). Pero nuestro Monasterio existe. Es visible, conocido, visitado y hay algo, debe haber necesariamente algo que pasa o no pasa a través de nuestra vida y de nuestros rostros. Ciertamente, no acunemos ilusiones. Si somos de Cristo y seguimos sus huellas seremos inevitablemente signos de contradicción y no necesariamente para todos manifestación, epifanía de Dios. Pero es necesario que nuestros monasterios y nosotros mismos seamos tales que esa Teofanía que llena de gozo o hace rechinar los dientes, sea posible. Nuestros monasterios dejan por demás indiferentes, no intrigan, no suscitan las preguntas fundamentales que escuchábamos recién a propósito de Jesucristo: “¿Quién eres Tú?”. “¿De dónde eres Tú?”.

Dos cosas son pues indispensables: 1º) que nuestros monasterios no sean ya fortalezas ni ghettos y 2º) que nuestras vidas sean el Evangelio de Jesús y nada más. Rahner decía muy justamente: “En nuestra época es preciso dar testimonio de que Dios, la oración, la renuncia, etc... no son tan sólo expresiones que empañan un humanismo profano y deben al fin de cuentas ser abolidas, sino realidades sin las cuales hasta el amor al prójimo no podría a la larga subsistir, sin las cuales incluso el amor perdería su radicalidad y su valor de eternidad. Ahora bien, si ese testimonio debe darse de manera radical, la pregunta ya no puede ser por lo tanto: ¿la vida contemplativa debe existir en la Iglesia? sino ¿cómo puede, en tanto que carisma particular, ser vivida de tal manera que sea también un testimonio para los demás?”¹³.

Es sabido cómo esas nociones de separación se han endurecido en el transcurso de los siglos, sobre todo en Occidente. A ese respecto hemos conocido aún recientemente versiones a menudo grotescas, ridículas. No me extenderé sobre este tema del que ya he hablado en varias ocasiones. Si es verdad que los monasterios deben preservar su silenciosa soledad, si es incluso bueno que se conserven algunos elementos de separación del mundo, es preciso que todo eso se haga con inteligencia y gentileza y no con anatemas. A propósito. Recuerdo mi primera visita al eremitorio camaldulense de Herrera en España (una visita que fue seguida de muchas otras porque ese lugar se ha tornado mi Lugar) Llego... Encima de la muy hermosa puerta de clausura, un Cristo de lo más acogedor: “¡Venid a Mí todos!”... Pero, pero: a sus pies una tablilla y sobre la tablilla: “Excomuni3n estrictamente reservada al Papa para todas las mujeres que franqueen la clausura”. ¡Ah, Señor! ¿Por qué la Iglesia empuña la maza junto a su querido Señor cuyos pies y cuyas manos fueron traspasados por el amor?... Pero ya no estamos en eso y la tablilla ha sido quemada en fogatas de fiesta, Monjes y monjas tratan de hacer todo lo posible para que sus casas, permaneciendo monasterios, asuman y manifiesten el hermoso y bondadoso rostro de su Amigo. Pero ¿cómo hacerlo?

Ante todo, me parece, presentándose a nosotros no como Marcianos, sino como hombres o mujeres de nuestro planeta que comen, beben (no demasiado), se visten simplemente, pagan sus impuestos, ganan su vida con el sudor de su frente, y no vendiendo licor; pueden estar enfermos, sufrir, llorar, morir. ¿Por qué habrá que jugar al superhombre? El monje es el último de los más pequeños y lo que esperamos de él es ese rostro de hermano. De hermano que cree en las virtudes naturales y procura desarrollarlas en sí mismo para tratar de ser ante todo un hombre; que cree en los valores de esta tierra y habla de ellos y oye hablar de ellos con infinito respeto, como otros tantos signos de Dios. Pero no solamente eso...

Hoy más que nunca, esperamos encontrar en el corazón de ese “desierto de Dios” que es el mundo, esos territorios insólitos que, por la conducta de sus habitantes, nos gritan como el Arcángel: “¿Quién como Dios?”. Fichte gustaba decir: “¿Queréis ver a Dios cara a cara? No lo busquéis ante todo por el camino del concepto del ser. Contemplad la vida de aquellos que se han entregado a Él y será a Él mismo a quien contemplaréis”.

¹³ RAHNER, o. c.

El monasterio debe proclamar la existencia de Dios, la presencia de Cristo en su Iglesia, por la existencia de aquellos que lo habitan y tratan de vivir su fe en la admiración y la alabanza y la gozosa consagración de todo su ser al único Necesario. Recuerdo la reflexión de un joven dominico que me decía a propósito de un padre anciano: “Junto a él, es absolutamente imposible negar la existencia de Dios”. ¡Qué maravilla cuando un monje o una monja irradian a tal punto la fe en Dios y ese gozo de la verdad del que habla S. Agustín, que se puede a través de su existencia alcanzar la existencia del Otro! S. Serafín de Sarov decía: “Hay luz en el interior de un hombre de luz y él ilumina el mundo entero”, Nada más verdadero.

Me encontraba en Suiza en el monasterio cisterciense de Géronde. Una tarde me paseaba por el camino que conduce al monasterio, cuando veo que llega un gran automóvil de Ginebra. Un industrial se detiene y me dice después de algunas banalidades: “Tengo una gran industria y a menudo grandes preocupaciones. Entonces vengo aquí. No entro a la iglesia, no pido por nadie, pero permanezco un largo rato a la sombra de este monasterio, Sí mis problemas no siempre se resuelven, vuelvo sin embargo a lo mío con el corazón y el espíritu en paz”. Sí, el monje debe ser el portador de luminosa paz en nuestro mundo escéptico y desamparado, no de una paz beatífica, sino de aquella que se conquista con empeño en lo cotidiano de la vida.

¿Y cómo, por ese mismo hecho, no sería portador de gozosa esperanza? Sin duda, la vida litúrgica de un monasterio puede ser ya para muchos una ventana del cielo, no necesariamente por una total participación con aquellos y aquellas que buscan el rostro de Dios (porque la admiración que suscita la belleza de una celebración puede ser ya una introducción en el mundo divino) sino de preferencia por ese “adorar juntos” que es mucho más eficaz en profundidad que los cursos de oración por correspondencia o las reuniones llamadas “carismáticas”. Pero entonces es preciso que monjes y monjas se manifiesten no como técnicos o estetas, sino como auténticos adoradores del Padre, que lo sirven en espíritu y en verdad, sin temor de perder el tono de su oración porque la comparten con sus hermanos en Cristo.

Pero ¿qué decir del testimonio de su libertad? “En verdad, escribe el Beato Pablo Giustiniani, anuncia con elevación y con eficacia el Reino de Dios aquel que puede decir con Cristo: ‘Mi Reino no es de este mundo’. Aquel que de todo corazón y efectivamente renuncia a los placeres, a los honores, a las dignidades de este mundo, anuncia el Reino de Dios más que si predicara con mil lenguas, sin practicar nada... Anuncia el Reino quienquiera muestra que aquí abajo no estamos en lo nuestro, sino que esperamos nuestra Casa en el Reino de los Cielos”¹⁴. La libertad del monje está hecha de su pobreza personal y comunitaria, de su castidad, de su “alegre penitencia” y más aún de su confianza ciega en la fidelidad de Aquel que es el Señor de la historia. En un mundo como el nuestro, donde la esperanza es tan difícil, es una verdadera felicidad encontrar esos rostros festivos que deben tener todos aquellos que “van hacia Jerusalén”. Sería preciso que cada monasterio fuese una gran predicación de la esperanza, una bocanada de aire en nuestro siglo, donde se muere de asfixia y de ausencia de amor.

Lo que en ese dominio puede hacer una comunidad monástica no tiene precio, puesto que un monasterio debería ser una “escuela de amor”. Los monjes y las monjas jamás se amarán demasiado, con ese gran amor que Jesús vino a derramar en nuestros corazones, completamente nuestro, completamente suyo. Los primeros monjes quedaron seducidos por la vida de los hermanos en Jerusalén. Quisieron experimentarla, no solamente porque como todo hombre y toda mujer tenían necesidad de amar y ser amados, sino porque querían recibir unos de otros a través de sus gestos de amor el sacramento de Dios-Amor. Sé que tal es lo que quieren las jóvenes generaciones que rechazan con razón el formalismo y la falsedad de las relaciones y esa especie de indiferencia disimulada bajo el ramaje marchito de un pretendido espíritu de soledad o, lo que es aún peor, de una castidad que preservar. En nuestra jungla moderna necesitamos descubrir esos maravillosos claros que deben ser los monasterios cristianos donde se renuncia a todo, salvo al Amor. Ayudar a los jóvenes y a los menos jóvenes a creer en el Amor y más aún,

¹⁴ D. LECLERCQ, *Seul Avec Dieu. La doctrine érémitique du Bx. Paul Giustiniani*, pp. 48-50, Plon, Paris.

a reconocer que el Padre ha enviado verdaderamente a su Hijo (*Jn 17,23*). Y por supuesto, lo que digo del monasterio en tanto que comunidad, lo digo de cada monje o monja. De ellos debe desbordar no sólo atención y delicadeza hacia aquellos y aquellas que se les acercan, sino también misericordia. Esto no se aprende en los libros. ¡Ah, eso no! Sino junto a Aquel que no vino a perder, sino a salvar. Sí, veo los monasterios como el sacramento de la misericordia. Porque en fin, los que se les acercan no son solamente las personas de bien, devotos “oblatos de san Benito” (y ¡bendito sea Dios por eso!) sino a menudo “pobres” triturados por la vida en su carne y en su corazón, que no dirían jamás a nadie, aunque fuese sacerdote, lo que quisieran revelar a tal monje fogueado en las luchas contra el adversario, a tal monja de rostro transfigurado por la Bondad de Dios. Un monje, una monja, deben estar prontos a oírlo todo; a comprenderlo todo, a llorar con los que lloran, más que a reír con los que están de fiesta. Sí, lo afirmo, ¡el sacramento de la misericordia! “Posee el Espíritu Santo e innumerables muchedumbres acudirán a ti”, decía Serafín de Sarov, el consolador, el amigo, el taumaturgo de los innumerables peregrinos que desbordaban junto a su ermita.

Me es preciso concluir. Veo pues así la apertura al mundo del monaquismo cristiano. Algunos quedarán tal vez decepcionados, ¿Por qué no decir nada del monaquismo urbano, de las fraternidades en los monobloques, de los “monjes obreros”? Mayor será su decepción, sin duda, si me permito recordarles, pero con gran modestia y respeto, que la apertura al mundo del monaquismo cristiano es sobre todo asumir la responsabilidad de la historia de los hombres. Tal como una mujer encinta nutre con su sustancia al hijo de su amor, así monjes y monjas llevan el mundo y lo hacen vivir con su sangre. Por su misma vocación, ellos se sitúan en el corazón del misterio redentor que fue la asombrosa obediencia y la abyección del Hijo del Hombre, su oración acompañada de clamor y lágrimas, y esa Cruz que hizo desembocar el universo en la “Luz de Dios. Esto es tan locura como la misma Cruz de Cristo pero ¿quién rehusará admitir que la vida monástica sea un llamado a la locura? No hace mucho tiempo predicaba yo un retiro en un monasterio cisterciense, cuya construcción se remonta en parte al siglo XII. En la puerta de entrada, ni cruz ni estatua, sino una cabeza de “bufón del Rey”. Enseguida sentí que al pensar así yo continuaba la tradición, la maravillosa tradición de los Padres: el monje es por excelencia el amigo del Esposo de las manos traspasadas, los pies horadados y el costado abierto... loco de amor.